

# LA JUVENTUD TORRALBENA

Periódico semanal, independiente, defensor de los intereses agrícolas, industriales y mercantiles, literario y noticiero.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	Peretas
Trimestre . . . . .	1'25
Semestre . . . . .	2'25
Año . . . . .	4'50
Número suelto . . . . .	0'10
Idem atrasado . . . . .	0'20

Pago anticipado.

Administrador: D. Juan José Gómez Salcedo.

Toda la correspondencia de Redacción, á nombre de D. Ramón Ruiz Sevillano, y la de Administración al Administrador de este periódico.

**SE PUBLICA LOS SÁBADOS**

Redacción y Administración: calle de Santa Ana núm. 10.

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Se considerará suscriptor, todo el que recibiendo dos números no los devuelva.

No se devuelven originales.

Centros de suscripciones en la Redacción y domicilios de nuestros corresponsales.

## LA FIESTA DEL CARNAVAL

Como todo aquello que es objeto de diversión pública, el *Carnaval* nace en el campo, coronado de hermosísimas flores, bajo el amplio y azulado cielo que de techo le sirve, y sobre la verde y mullida alfombra con que la naturaleza á manos llenas le brinda, para que como bellísimo solar la aproveche.

Los primitivos pueblos griegos, y después los romanos, fueron los primeros que introdujeron la *careta* en sus sociedades. Los griegos al establecer en sus rudimentarios teatros la Tragedia de una manera decisiva, hicieron que los actores se cubrieran la cara con aquel disfraz que más en armonía estuviese con el carácter del personaje que aquéllos representaran. El pueblo romano, tomando el uso de las máscaras de los mismos griegos, concede á los esclavos en sus *Saturnales*, libertad completa para que se enmascaren de lo que más les plazca, hasta el punto de disfrazarse con los mismos vestidos de sus señores. En las fiestas de Minerva y de Cibeles, era costumbre pasear las calles de Roma con el disfraz al rostro. También algunos emperadores acostumbraban á disfrazarse en ciertas ocasiones: Alejandro Magno se presentaba enmascarado unas veces de *Hércules*, otras de *Júpiter*, ya de *Mercurio*, y hasta se asegura, que usó el disfraz de *Diana*. César Augusto en una comida con que obsequió á sus amigos, adoptó el disfraz de dios *Apolo*. Nerón usó infinidad de máscaras; unas veces de dioses, otras de héroes, y muchas de diosas y heroínas.

Pasando de la Edad Antigua á la Media, es imposible seguir adelante sin dedicar algunas líneas al más célebre, al más grandioso, al más pintoresco Carnaval del mundo; al de Venecia. La altiva Venecia, la orgullosa reina del Adriático, era por aquel entonces, la más poderosa y floreciente república de todas las que tenían asiento sobre el hermoso y encantador suelo italiano. Su magnífica y poderosa marina surcaba con magestuosa gallardía y soberana altivez todos los mares conocidos; su floreciente comercio extendiase por todos los países civilizados; y su poder inmenso era respetado y temido por las potencias más fuertes.

Pues bien, en esta hermosa Ciudad, ha sido donde mas vida ha tenido la fiesta carnavalesca; en esta Ciudad pintoresca ha sido donde se ha verificado el *rey de los Carnavales*. Principiaba la tal fiesta el día segundo de la Pascua de Navidad.

Desde este momento, hasta el Miércoles de Ceniza en que terminaba, la afluencia de forasteros era inmensa; el Gran Canal era insuficiente para dar paso á las infinitas y pintorescas gondolas, que en forma de bellísimos y raros animales en todas direcciones lo surcaban, y en el que se mecían cual preciosísimas aves de vistosos y bellísimos plumajes revestidas; aquí se veían varias mesas de juego, en las que los jugadores entretenían su ocio, tirando á la diosa *Fortuna* su dinero; allí se descubría una comparsa, que con sus múltiples y bellos disfraces alegraban y divertían la vista, y al oído entretenían con sus armoniosas y rítmicas canciones; más allá las bellas venecianas en numerosos grupos se veían, no cual mujeres, sino como ángeles divinos, de sus numerosos y atrevidos donceles esquivar el amor ó entenerle; y en fin, tan lleno de belleza y poesía aquel ideal conjunto se ofrecía á la vista, que no de la tierra, sino del mismo Cielo, parecía llovido por algún Genio misterioso y bienhechor.

Digamos ahora algo sobre las vicisitudes y alternativas, que en nuestro hermoso país, ha tenido esta fiesta. Sujeta nuestra patria al carro de las conquistas de la triunfante y poderosa Roma, es muy lógico, que aquellos antepasados nuestros, se apropiasen la religión, el lenguaje, y todas las costumbres del pueblo vencedor; y siendo una de tantas el Carnaval, se seguiría esta costumbre entre los españoles, de la misma forma que en su patria la verificaban los romanos. Así, pues, el Carnaval romano, es el que seguramente siguieron los españoles en los tiempos antiguos.

Aparecen después multitud de pueblos bárbaros originarios del norte de Europa, los que sedientos de sangre y exterminio, caen sobre el ya agonizante Imperio romano. El caudillo de estos pueblos, logra clavar la punta de su vencedora espada en las puertas del Capitolio; y la *señora del mundo*, durante algún tiempo, es entregada al saqueo de estas hordas salvajes, que no respetando nada, entregáanse de lleno á todo género de excesos y libertinages. Consecuencia inmediata de este hecho, que abre las puertas á los tiempos medios de la historia de la humanidad, es la más completa desmembración del antes poderoso Imperio de Occidente; es la destrucción de sus instituciones; es el completo naufragio de la sociedad romana, que ya no puede sostenerse sobre el tenebroso mar de sus inmensos vicios y múltiples desórdenes, al ser embestida por las tur-

bulentas y agitadas olas que producen las nacientes sociedades, que del norte de Europa se desbordan; es, en una palabra, la desaparición repentina de la brillante civilización y floreciente cultura latina.

Algunas provincias que estuvieron sometidas al yugo Romano, y entre ellas nuestra Península, fueron invadidas y sometidas por estos pueblos, que siendo de raza Germánica sentían un odio inextinguible hacia todo aquello que fuese *latino*; y claro es, que siendo el Carnaval una costumbre importada de Roma en nuestra Patria, no pudieron consentir que en adelante esta fiesta se verificara en España.

Destruído por completo el Imperio Visigodo en la memorable y sangrienta batalla de Guadalete, y enseñoreado de casi toda la España el pueblo Arabe, aunque su religión le prohibía esta clase de diversión, parece ser, que los *Musulimes* españoles, separándose algún tanto de aquellos preceptos religiosos, resucitaron en nuestro país el Carnaval; puesto que se ven citadas algunas mascaradas en ciertos manuscritos árabes que hacen referencia á las ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada.

Entrando ahora en los tiempos modernos, expondremos algo referente á los Carnavales de Roma, Milán y Madrid. El Carnaval de Roma es después del de Venecia el más hermoso y el que más atractivos nos presenta. En ninguna ciudad del orbe se presentan á la vista mayor número de enmascarados que en la capital del mundo cristiano. La vía del Corso, la plaza del Pópulo y la de Venecia son incapaces de contener con algo de desahogo en su espacioso suelo los infinitos carruajes, las elegantes carrozas y la multitud de máscaras, que á estos sitios acude así que la campana de Vitervo anuncia la apertura del Carnaval. Allí todo es ruido, todo alegría y bullicio; allí no se piensa más que en apedrearse de carruaje á carruaje con ramilletes de bellísimas flores y con infinitos paquetes repletos de dulces, y en esta diversión continúan hasta el Martes, en que el Carnaval concluye en la misma vía del Corso, con la fiesta de los *móccoli*, que consiste en llevar las máscaras en la mano una candela encendida; y la habilidad estriba en apagar el mayor número posible de candelillas y conservar la suya encendida. Después de esta diversión termina definitivamente el Carnaval en Roma; y al despuntar la aurora, apagan de pronto los *móccoli*, y todo el mundo se precipita en las Iglesias para tomar la *ceniza* con que el sacerdote les brinda.

El Carnaval de Milán se diferencia de los demás en que no termina en el Miércoles de ceniza, sino que se vuelve á presentar con mas fuerza el Jueves y el Sábado primero de Cuaresma con una diversión que los milaneses la denominan la *Fiesta de los Coriándoli*, y que consiste en pasear los caballeros vestidos con gaban, guantes y sombrero blancos por las principales calles de Milan, y las damas se colocan en los balcones abiertos de par en par. Al pasar los caballeros por debajo, aquéllas les arrojan con fuerza los ya dichos *Coriándoli*; que son anises bastante gruesos fabricados de yeso, con lo cual, se mueve tal granizada y polvareda, que el suelo se blanquea por completo, produciendo á la vista un efecto sorprendente.

Pasemos ahora al Carnaval de Madrid en los tiempos modernos. La Villa y Corte gozaba de esta diversión en los comienzos de la edad moderna. En el año 1523 el Rey de España D. Carlos I promulgó una ley en la que prohibía por completo las máscaras *por seguirse de esta diversión graves daños*. En el reinado del Rey D. Felipe II se celebró en Madrid una vistosa mascarada con motivo de la entrada de la Reina Ana; en el año 1598 tuvo lugar otra para festejar la llegada de la Reina Margarita, esposa de Felipe III.

Pero las más célebres fueron las mascaradas que se celebraron durante el reinado de Felipe IV con ocasión de la elección de su cuñado el Rey de Hungría para rey de los Romanos. La más grandiosa tuvo lugar el día 15 de Febrero de 1637. Se celebró en el Retiro, donde mandó construir una plaza de madera con cuatrocientos ochenta y ocho ventanas. Esta mascarada mandó el rey que se verificase de noche y á caballo, de modo que aquella noche se encendieron en aquella plaza más de siete mil luces, con lo que producía un efecto mágico y de grandeza lleno. También hubo algunas mascaradas durante el reinado de Carlos el *Hechizado*.

Felipe V no debió ser muy devoto de las máscaras, puesto que las prohibió; y en el reinado de Fernando VI tampoco las hubo.

Carlos III levantó estas prohibiciones y volvieron á resucitar las mascaradas, tomando formas más caprichosas y originales; y algunos palacios en este reinado y en los de sus sucesores Carlos IV, Fernando VII é Isabel II, abrieron las puertas de sus salones á los aficionados al disfraz, y comenzaron á darse los primeros bailes de mascaradas.

En nuestros días el Carnaval de